

PAULINO GARAGORRI: «Ejercicios intelectuales.» *Revista de Occidente*.
Madrid, 1967.

El título anuncia una serie de trabajos y artículos, cuya misión no es *resolver*, sino *estimular* razonando y esclareciendo. Este libro está movido por el «ánimo razonador» y la «preocupación esclarecedora».

Elegiré, para comentar, un trabajo que me parece reflejar bien lo que acabo de afirmar: «La ciencia y sus raíces», en el que se da cuenta de los inconvenientes del especialismo y de las ideas generales en la investigación científica y de algunos intentos de solución—lo que el autor llama «ideas enteras».

El padre de la bomba H, Edward Teller, ha descrito magníficamente las dificultades del especialismo, por un lado, y de las ideas generales, por otro: «Es indudable que el estudioso, al especializarse, consigue saber mucho y con minucioso detalle sobre el acotado campo que analiza, pero al progresar en esa dirección, al ir sabiendo cada vez más de un sector cada vez menor, consigue llegar a saberlo todo, pero de... nada, logra ser un sabio en naderías. En dirección opuesta avanza el cultivador de ideas generales; éste asimila nociones cada vez más amplias, aunque forzosamente con un contenido cada vez más tenue; y, llevada también esta actitud a su extremo, el término es igualmente ridículo, porque remata en conceptos tan generales que constituyen un saber vacío, aunque acerca de todo.»

Hay que reconocer la necesidad de la especialización. En nuestra sociedad es ineludible y forzosa la *división del trabajo*: la carrera actual de la ciencia rebasa las capacidades aisladas de los individuos; requiere los equipos y la división. «El hombre contemporáneo—escribe Garagorri—ha de resignarse, pues, a ser parte de un todo para él inabarcable. El caso de un Aristóteles o un Descartes, compendio y avanzada del saber en su tiempo, es ya y desde hace mucho enteramente imposible.»

Pero el especialismo, dejado a sí mismo, empobrece a la inteligencia y hasta hace retroceder a la cultura. Las razones son varias. En primer lugar, prescinde del «campo inteligible», necesario para que los datos particulares adquieran sentido y sean comprensibles; ese concepto fue elaborado por Ortega en el prólogo a *Un estudio de la historia*, de Toynbee. El «campo inteligible» es un *entorno envolvente*. «El especialismo, retraído a una visión miope, demasiado próxima a los hechos particulares desatiende a ese requisito del conocimiento y cultiva las ventajas que en la práctica inmediata procura la limitación del horizonte.»

Una prueba *ab absurdum* de las dificultades de la especialización viene dada por el film de «Charlot» *Tiempos modernos*.

Se suele utilizar, para defender al especialismo, el argumento de la primacía de lo concreto, sin advertir que los datos concretos, al estar aislados, desligados del «campo inteligible», resultan abstracciones, simplificadoras abstracciones.

Otra dificultad del especialismo proviene de la dispersión y proliferación del lenguaje científico, que corrompe el vocabulario normal de la lengua en que se escribe. Compuesto de abreviaturas convencionales que no necesitan de la precisión por estar basadas en supuestos que sólo conocen los que las utilizan: es un lenguaje aparte del cotidiano y del de los escritores. «Lo propio del lenguaje técnico es atribuir a sus expresiones un alcance convencional, lleno de implícitos supuestos y, en definitiva, el ser sólo alusivo y no plenamente comunicativo.»

¿Traen más ventajas las generalidades y las síntesis? También éstas son necesarias en la cultura. Parte del influjo de Darwin y Marx se debe a que supieron dotar a sus teorías de fuerza generalizadora y de unidad. «Las ideas más generales para efectivamente «generalizarse» en la conciencia de las mentes necesitan encogerse bajo la especie de alguna síntesis que, a la vez, las condense y exprese.»

La importancia de la síntesis se advierte aún más en Teilhard de Chardin, que dijo de sí mismo: «Desde niño la aspiración a poseer algo absoluto fue el eje de mi vida interior...; algo de lo que todo lo demás no sea sino instrumento o adorno.»

Pero las ideas generales pecan de vacías y las síntesis de simples. También aquí se termina en la abstracción. Todo queda despojado de contenido humano y se regula «conforme a unos principios abstractos y puramente racionalistas».

Ante panorama tan negativo, ¿no habrá en el pensamiento actual algún otro método que compense tales inconvenientes? Sí, hay varios intentos. En todos ellos se da primacía a la *integración* en el acto de entender. «El hombre y lo humano van a constituir el elemento primordial en las nuevas hipótesis de conocimiento.»

Roger Caillois ha propuesto las *ciencias diagonales*, que tendrían por misión «relacionar los distintos descubrimientos, hallar sus correspondencias o posibles coincidencias; en suma, compensar el aislamiento del especialismo mediante una ciencia dedicada a la conexión de las especialidades cuya progresiva centrifugación las ha ido comunicando entre sí y con el centro de donde partieron, que no es otro sino los afanes directamente humanos»

C. A. Doxiadis ha propuesto la *ekística*, «ciencia conjunta y deliberadamente inespecializada; [que] aspira a poner a contribución múltiples saberes diversos para así lograr enfrentarse con los concretos problemas humanos, y, a partir de ellos, en la búsqueda de nuevas soluciones». Doxiadis ha aplicado estos principios a la arquitectura en su obra *Arquitectura en transición*.

El más significativo de los intentos es el que se contiene en las llamadas *ciencias humanas*, que los alemanes llaman *ciencias del espíritu* y que Ortega, con más acierto, llama *Humanidades*. «Esta nueva denominación revela la conciencia de que el elemento que puede y debe aglutinar la diversificación de las ciencias y que nos descubre su interna unidad es, precisamente, la consideración del hombre mismo como originario autor de todas ellas.»

A estos intentos de comprender de una manera nueva el acto de conocer, los denomina Garagorri con el término de «ideas enteras», en las que no se pierde nada del objeto conocido y no se prescinde del entronque con la vida humana que las elabora. Porque «para el hombre, aunque se enmascare bajo otras apariencias, el problema es siempre y radicalmente el hombre mismo. Las ciencias pueden alejarse y parecer ascender hacia regiones remotas, como la cometa a la que vamos dando hilo, pero si éste se corta de la mano del hombre, si la filiación humana de lo investigado se olvida, la cometa se convierte en un cuerpo que se mueve sin rumbo».—ROMANO GARCÍA.

LUIS JIMÉNEZ MARTOS: *Antología de poesía española 1964-1965*. Editorial Aguilar. Madrid, 1966; y *Antología de la poesía española 1965-1966*. Idem. Madrid, 1967.

En la primera de las antologías (1964-1965) estudia Jiménez Martos, a manera de prólogo, la década poética de la que estos libros son un justo testimonio. Desde su primera aparición (*Antología de poesía española 1954-1955*) hasta el volumen comentado, es posible seguir las ramificaciones del que él llama *proceso de humanización poética*; ramificaciones que, aun en desarrollo, distingue o denomina así: preocupación del hombre por su destino ultraterreno; preocupación por el *aquí* y *ahora* de la sociedad en que vive; preocupación por el conocimiento de sí mismo.

Ese sentido o trayectoria de las fuerzas poéticas en curso, de ritmo vivo y radical, al principio; más atemperado luego, con un pausable